

# El Círculo

Bernard Minier

Traducción de Dolors Gallart



**Rocaeditorial**

«Los individuos civilizados, los que se ocultan detrás de la cultura, el arte, la política... e incluso la justicia, de ellos es de quienes hay que desconfiar. Aunque llevan un disfraz perfecto, son los más crueles. Son los individuos más peligrosos de la Tierra.»

MICHAEL CONNELLY,  
*El último coyote*

## PRÓLOGO

### En la tumba

Su mente era un mero grito, un lamento.

En su fuero interno gritaba de desesperación, vertía en un aullido su rabia, su sufrimiento, su soledad... todo aquello que, mes tras mes, la había desposeído de su humanidad.

También suplicaba.

«Por compasión, por compasión, por compasión... déjeme salir de aquí: se lo suplico...»

En su fuero interno gritaba y suplicaba y lloraba. Lo hacía en su fuero interno tan solo, porque en realidad, de su garganta no brotaba sonido alguno. Un buen día, se había despertado casi muda. «Muda...» Ella, que siempre había sido tan expresiva, ella, que tenía tanta facilidad de palabra, que era tan pronta para la risa...

En medio de la oscuridad cambió de postura para aliviar la tensión de los músculos. Estaba sentada contra la pared de piedra, en contacto directo con el suelo de tierra batida. A veces se tendía allí mismo; otras se iba al mugriento colchón del rincón. Pasaba casi todo el tiempo durmiendo, acurrucada. Cuando se levantaba, hacía estiramientos o bien caminaba un poco... cuatro pasos de ida y cuatro de vuelta tan solo, porque su prisión medía dos metros de lado. Reinaba allí un calor agradable; hacía mucho que había deducido que detrás de la puerta debía de haber una sala de calderas, no solo por el calor sino también por los zumbidos, tintineos y silbidos que oía. No llevaba ropa alguna. Estaba desnuda como un animal desde hacía meses, años tal vez. Hacía sus necesidades en un cubo y recibía dos comidas al día, salvo cuando él se ausentaba. Entonces podía pasar varios días sola, sin comer ni beber, atormentada por el hambre, la sed y el miedo a morir. La puerta tenía dos mirillas, una abajo, por donde le llegaba la comida, y otra en el medio, por donde él la observaba. Incluso cerradas, aquellas mirillas dejaban entrar unos delgados rayos luminosos que perforaban la oscuridad de su prisión. Sus

ojos se habían acostumbrado hacía mucho a aquellas tinieblas mitigadas y distinguían en el suelo y en las paredes detalles que nadie más habría podido ver.

Al principio había explorado su jaula, atenta al menor ruido. Había buscado la manera de evadirse, el fallo en su sistema, el más mínimo descuido por su parte. Después había dejado de preocuparse por aquello. No había ningún fallo ni esperanza. Ya no recordaba cuántas semanas y meses habían transcurrido desde su secuestro, desde su vida de antes. Alrededor de una vez por semana, poco más o menos, él le ordenaba pasar el brazo por la mirilla y le aplicaba una inyección intravenosa. Resultaba doloroso, porque él obraba con torpeza y el líquido era espeso. Perdía el conocimiento casi al instante y al despertar, se encontraba sentada arriba en el comedor, en el pesado sillón de respaldo alto, con las piernas y el torso atados al asiento. «Lavada, perfumada y vestida...» Hasta el pelo le olía a champú, y su boca, normalmente pastosa, y su aliento, que sospechaba era pestilente el resto del tiempo, estaban impregnados de aroma a dentífrico y mentol. En el hogar crepitaba el fuego, en la mesa de oscura madera reluciente como un lago ardían las velas y de los platos se desprendía un delicioso aroma. El equipo de música emitía siempre música clásica. Obedeciendo cual animal a un reflejo condicionado, en cuanto oía la música, veía la luz de las llamas y sentía el contacto de la ropa limpia en su piel, la boca se le hacía agua. Y es que antes de dormirla y sacarla del calabozo, él la dejaba veinticuatro horas en ayunas.

No obstante, por los dolores que sentía en el vientre, sabía que había abusado de ella mientras dormía. Al principio, horrorizada solo de pensarlo, había vomitado sus primeras comidas dignas de tal nombre en el cubo al volver a despertar en el sótano. Ahora aquello ya no la afectaba. A veces él no decía nada, otras hablaba sin parar, pero ella casi nunca lo escuchaba. Su cerebro había perdido la costumbre de seguir una conversación. Las palabras «música», «sinfonía», «orquesta» se repetían sin embargo como un *leitmotiv* en su charla, y también un nombre: Mahler.

¿Cuánto tiempo llevaba encerrada? No había día ni noche en su tumba. Porque eso era el sitio donde se encontraba: una tumba, una tumba de la que había comprendido que nunca saldría viva. Hacía mucho que había perdido la esperanza.

Evocaba la época maravillosa y simple en que era libre. La última vez que había reído, que había estado con amigos, visto a sus padres; el olor de una barbacoa de verano, la luz del ocaso en los árboles del jardín y los ojos de su hijo con la puesta de sol. Caras, risas, juegos...

Se acordaba de cuando hacía el amor con hombres, con uno en particular... De aquella existencia que había creído banal y que en realidad era un milagro. Cuánto lamentaba no haberla saboreado más. Ahora tomaba conciencia de que incluso los momentos de pena o de dolor no eran nada comparados con aquel infierno, con aquella existencia anulada, sepultada en un lugar que no merecía tal nombre, al margen del mundo. Aunque sospechaba que tan solo la separaban de la verdadera vida unos cuantos metros de piedra, de cemento y de tierra, habría dado lo mismo que si hubieran interpuesto cientos de puertas, kilómetros de pasillos y rejas.

Un día, sin embargo, había tenido el mundo y la vida muy cerca. Por un motivo u otro, él se había visto obligado a cambiarla urgentemente de sitio. La había vestido a toda prisa, le había atado las muñecas a la espalda con unas esposas de plástico y le había cubierto la cabeza con un saco de tela. Después le había hecho subir unos escalones, tras lo cual se había hallado al aire libre. «Al aire libre...» Por poco no se había vuelto loca de la emoción.

Al sentir la tibieza del sol en los brazos y hombros desnudos, vislumbrar su luz a través del saco, respirar el olor de la tierra, los campos todavía húmedos y el perfume de las flores de los setos, oír el escándalo de los pájaros en el amanecer, a punto había estado de desmayarse. Había llorado tanto que había empapado la tela del saco de lágrimas y mocos.

Después él la había acostado sobre una superficie metálica y ella había respirado un olor a gas de tubo de escape y gasoil a través de la tela. Pese a que era incapaz de gritar, había tenido la precaución de ponerle algodón en la boca y esparadrapo encima. También le había atado las muñecas y los tobillos juntos para impedir que diera patadas en la chapa. Notó la vibración del motor y luego el vehículo avanzó dando tumbos por un accidentado suelo antes de llegar a la carretera. Después de que acelerase, al oír el ruido de los numerosos automóviles que pasaban al lado, comprendió que circulaban por una autopista.

Lo peor había sido el peaje. Oía voces, música, ruidos de motores a su alrededor, muy cerca... justo al lado, detrás de la chapa. Había decenas de seres humanos, mujeres, hombres, niños... ¡a unos centímetros tan solo! ¡Los oía!... La inundó una avalancha de emociones. Esas personas reían, hablaban, iban y venían, libres y vivas. No sabían nada de su presencia, tan cerca de ellas, de su muerte lenta, de su existencia de esclava... Sacudió la cabeza hasta golpear el metal y la nariz le comenzó a sangrar sobre el grasiento suelo.

Luego oyó que su verdugo decía «gracias» y el vehículo se puso de nuevo en marcha. Le dieron ganas de ponerse a dar alaridos.

Ese día del traslado, tuvo la certeza casi absoluta de que la vegetación estaba en flor. «La primavera...» ¿Cuántas estaciones más le quedaban por delante? Antes de que él se cansara de ella, antes de que la invadiera la locura, antes de que la matara de una vez... De repente tuvo la certidumbre de que sus amigos, sus familiares, la policía la daban ya por muerta. Solo había un ser en el mundo que sabía que estaba aún viva, y era un ser demoníaco, una serpiente, un íncubo. Jamás volvería a ver la luz del día.

VIERNES

## Muñecas

Allí estaba, en el jardín sombreado,  
 La sombra del asesino fríamente emboscado,  
 Sombra superpuesta a otra en la hierba menos verde que  
 Roja con la sangre de la noche.  
 En los árboles, la siringa de un ruiseñor  
 Desafiaba a Marsias y Apolo.  
 Al fondo, una glorieta de nidos y de  
 Bolas de muérdago  
 Componen un agreste decorado...

15

**O**liver Winshaw detuvo, parpadeando, la pluma. Algo había atraído —o más bien distraído— su atención en la periferia de su campo visual. Por la ventana había percibido un relámpago, igual que el flash de una cámara.

La tormenta se abatía sobre Marsac.

Aquella noche, como todas las noches, permanecía frente a su escritorio. Escribía un poema. Su estudio estaba situado en la planta de arriba de la casa que había comprado treinta años atrás con su mujer, en el suroeste de Francia. Era una habitación revestida de madera de roble, tapizada casi por completo de libros, en su mayor parte de poesía británica y americana de los siglos XIX y XX. Coleridge, Tennyson, Robert Burns, Swinburne, Dylan Thomas, Larkin, E. E. Cummings, Pound...

Sabía que jamás llegaría ni a la suela del zapato de sus dioses lares, pero le daba igual.

Nunca le había enseñado a nadie sus poesías. Se aproximaba al invierno de su vida e incluso el otoño quedaba ya atrás. Muy pronto haría una gran hoguera en el jardín a la que arrojaría los ciento cincuenta cuadernos de tapas negras. En total había más de veinte mil



poemas, uno por día a lo largo de cincuenta y siete años. Aquel era probablemente el secreto mejor guardado de su existencia. Ni siquiera su segunda mujer había tenido derecho a leerlos.

Después de todos aquellos años, aún no se explicaba de dónde le había venido la inspiración. Cuando repasaba su vida, veía una larga sucesión de días que concluían siempre con un poema escrito por la noche en la paz de su estudio. Todos estaban fechados. Podía localizar el que había escrito el día del nacimiento de su hijo, el que había escrito el día en que murió su primera mujer, el del día en que había abandonado Inglaterra para ir a vivir a Francia... No se acostaba antes de haber terminado, aunque le dieran a veces la una o las dos de la mañana, incluso en la época en que trabajaba. Nunca había necesitado dormir mucho y tampoco tenía un trabajo físico. Era profesor de inglés en la universidad de Marsac.

Oliver Winshaw iba a cumplir noventa años.

16 Era un apacible y elegante anciano conocido por todos. Cuando se instaló en aquella pintoresca pequeña ciudad universitaria, le pusieron el mote de el Inglés. Aquello fue antes de que sus compatriotas se abatieran como una bandada de saltamontes sobre todo edificio antiguo de la región susceptible de ser restaurado, momento en el cual su sobrenombre quedó un tanto diluido. A aquellas alturas era uno más entre los cientos de compatriotas instalados en la comarca, aunque con la crisis económica, los ingleses se iban marchando uno tras otro hacia otros lugares de destino más atractivos desde el punto de vista económico, como Croacia o Andalucía, de modo que Oliver se preguntaba si viviría el tiempo suficiente para volver a ser el único inglés de Marsac.

En el estanque de los nenúfares,  
La sombra sin rostro se desliza,  
Con la enjuta y taciturna cara afilada,  
Cual filo de hoja perfectamente aguzada.

Paró de nuevo.

Música... Le parecía oír música por encima del regular bisbiseo de la lluvia y los incesantes ecos de la tormenta que se respondían de una punta a otra del cielo. No podía ser Christine, desde luego, porque dormía desde hacía rato. Sí, venía de afuera. Era música clásica...

Oliver esbozó una mueca reprobatoria. El volumen debía de estar al máximo para que él lo oyera hasta en su despacho a pesar de la tormenta y de la ventana cerrada. Trató de concentrarse en su poema, pero no hubo manera.

Irritado con aquella condenada música, dirigió de nuevo la mirada a la ventana. El resplandor de los relámpagos atravesaba las persianas. Por las ranuras percibía los cordones de agua que formaba la lluvia. La tormenta parecía concentrar su furia sobre la pequeña ciudad, encerrándola en un caparazón líquido, aislándola del resto del mundo.

Corrió la silla y se levantó.

Fue hasta la ventana y separó las láminas de las persianas para mirar la calle. El arroyo central se desbordaba sobre los adoquines. Por encima de los tejados, la noche estaba estriada por unos finos rayos que parecían seguir el trazado de luminiscentes sismógrafos.

En la casa de enfrente había luz en las ventanas. Quizá celebraban una fiesta. Aquella vivienda, una casa de ciudad con un jardín al lado, separada de la calle y protegida de las miradas por un elevado muro, la ocupaba una mujer soltera. Era profesora del instituto de Marsac, guapa, delgada, de pelo oscuro y elegante porte, por encima de los treinta años. A Oliver le habría gustado si hubiera tenido cuarenta años menos. Algunas veces la espiaba discretamente cuando tomaba el sol en verano en la hamaca, al abrigo de las miradas —con excepción de la suya, puesto que el jardín se encontraba justo debajo de la ventana de su despacho, al otro lado de la calle y de la pared—. Allí ocurría algo raro. Los cuatro niveles de la casa estaban iluminados y la puerta de entrada, que daba a la calle, permanecía abierta, con el reluciente umbral mojado resaltado por un farolillo.

17

Detrás de las ventanas no veía, sin embargo, a nadie.

Por el lado, las puertas vidrieras que comunicaban el salón con el jardín, abiertas de par en par, se bamboleaban con el viento, y la inclinación de la lluvia era tan acusada que seguramente debía de estar mojando el suelo del interior de la casa. Oliver la veía rebotar en las losas de la terraza y doblar la hierba del césped.

La música debía de provenir sin duda de allí... Sintió que se le aceleraba el pulso mientras desplazaba, despacio, la mirada hacia la piscina.

Medía once metros por siete. Estaba rodeada de una franja de losas pardas y tenía un trampolín.

Experimentó una sombría excitación, esa que lo embarga a uno cuando algo fuera de lo habitual interrumpe la rutina diaria, una rutina que, a su edad, constituía lo esencial de la existencia de Oliver. Escrutó el jardín en torno a la piscina. Al fondo empezaba el bosque de Marsac, con sus 2.700 hectáreas de árboles y senderos. Por ese lado no había pared, ni siquiera una verja, solo un compacto muro de verdor. La caseta, una pequeña construcción de hormigón mucho más reciente que lo demás, se elevaba al otro extremo de la piscina, a la derecha.

Centró la atención en la piscina. Su superficie se rizaba ligeramente, batida por el chaparrón. Oliver entornó los ojos. Primero se preguntó qué veía. Luego comprendió que había varias muñecas que se balanceaban encima del agua. Sí, eso era... Pese a saber que eran tan solo muñecas, sintió que lo recorría un inexplicable escalofrío. Oliver y su esposa habían ido una vez a tomar café a casa de su vecina de enfrente. La esposa francesa de Winshaw, que había ejercido como psicóloga antes de jubilarse, tenía una teoría sobre aquella profusión de muñecas en la casa de una mujer sola de más de treinta años. Al volver, le había explicado a su marido que su vecina era probablemente una «mujer niña» y él le había preguntado a qué se refería con eso. Entonces había empleado expresiones como «inmadura», «que elude las responsabilidades», «solo se preocupa por su placer personal», «víctima de un trauma afectivo»... Oliver se había batido en retirada: siempre había preferido los poetas a los psicólogos. En todo caso, no comprendía qué hacían aquellas muñecas en la piscina.

«Debería llamar a los gendarmes —pensó—. Pero ¿para decirles qué? ¿Que hay unas muñecas flotando en la piscina?» Entonces tomó en cuenta algo más. Aquello no era normal... Toda la casa iluminada, sin que se viera a nadie, y aquellas muñecas... ¿Dónde se había metido la dueña de la casa?

Oliver Winshaw hizo girar la manecilla de la falleba y abrió la ventana. Una oleada de humedad se coló en la habitación. Con la cara azotada por la lluvia, parpadeó observando la extraña escena compuesta por las caras de plástico de estática mirada.

Para entonces, distinguía perfectamente la música. La había oído ya, aunque no se trataba de Mozart, su músico preferido.

¿Qué representaba aquel montaje, por todos los demonios?

Un relámpago hendió la noche, seguido del ensordecedor restallido de un trueno. El ruido hizo temblar los cristales. Como la brutal irrupción de un proyector, el rayo le reveló que había alguien sentado en el borde de la piscina, con las piernas del pantalón sumergidas en el agua. Al principio había pasado inadvertido porque lo engullía la sombra del gran árbol del centro del jardín. Era un hombre joven... Contemplaba, inclinado, la marea flotante de las muñecas. Aun situado a unos quince metros, Oliver adivinó su mirada perdida, extraviada, y su boca abierta.

El pecho de Oliver Winshaw no era ya más que una cámara de resonancia en la que golpeaba, como un endiablado percusionista, su corazón. ¿Qué estaba pasando allí? Se precipitó hacia el teléfono y lo descolgó con violencia.

## Raymond

—Anelka es un inútil —dijo Pujol.

Vincent Espérandieu miró a su colega preguntándose si su crítica se debía a las malas actuaciones del delantero o a sus orígenes y al hecho de que provenía de una barriada popular del extrarradio parisino. A Pujol no le gustaban nada esas barriadas, y menos aún sus habitantes.

Espérandieu debía reconocer, no obstante, que por una vez Pujol tenía razón. Anelka era un cero a la izquierda, un desastre. Como el resto del equipo, por otra parte. Aquel primer partido había sido un tormento. Al único que parecía darle igual era a Martin. Espérandieu volvió la mirada hacia él y sonrió. Estaba seguro de que su jefe ignoraba hasta el nombre del seleccionador sobre el que toda Francia venía vertiendo copiosos abucheos e injurias desde hacía meses.

—Domenech es un perdedor de mierda —añadió Pujol en ese momento, como si su cerebro hubiera captado los pensamientos de Vincent—. Si en 2006 llegamos a la final, fue porque Zidane y los otros se pusieron a dirigir el equipo.

Como nadie le negó la razón al respecto, el policía se abrió paso entre el gentío para ir a buscar más cervezas. El bar estaba repleto. Era el 11 de junio de 2010, día inaugural con los primeros partidos del Mundial de Fútbol de Sudáfrica. En ese momento transmitían en la televisión Uruguay-Francia, con un resultado de empate a cero en el descanso. Vincent observó una vez más a su jefe. La mirada de este, fija en la pantalla, estaba, no obstante, extraviada. El comandante Martin Servaz no veía en realidad el partido, solo lo fingía y su ayudante lo sabía.

Servaz no solo no veía el partido, sino que se preguntaba qué diantre hacía allí.

Había querido complacer a su grupo de investigación acompañándolos. Hacía semanas que el Mundial de Fútbol acaparaba casi

todas las conversaciones en el departamento de investigación. Oyendo los comentarios sobre la forma de los jugadores, los calamitosos partidos amistosos —como la humillante derrota contra China—, las decisiones tomadas por el seleccionador o el excesivo precio del hotel, Servaz se planteaba si les habría llegado a causar más inquietud la perspectiva de una tercera guerra mundial. Tras llegar a la conclusión de que seguramente no, se dijo esperanzado que quizá los delincuentes harían lo mismo y que los índices de criminalidad bajarían tal vez por sí solos sin necesidad de que nadie interviniera.

20 Cogió el vaso de cerveza fría que Pujol acababa de dejarle delante y se lo acercó a los labios. El partido se había reanudado en el televisor. Los hombrecillos de azul se afanaban con la misma estéril energía que antes; corrían de una punta a otra del campo sin que Servaz encontrara la menor lógica a sus desplazamientos. Aun sin ser un especialista, le daba la impresión de que los delanteros actuaban con especial torpeza. Había leído en alguna parte que los gastos de desplazamiento y alojamiento de ese equipo le iban a costar más de un millón de euros a la Federación Francesa de Fútbol. Le picaba la curiosidad saber de dónde sacaba esta sus ingresos y si él mismo iba a tener que poner una participación de su bolsillo. Pese a ser contribuyentes puntillosos por lo general, sus vecinos parecían en cambio menos preocupados por dicha cuestión que por la ausencia crónica de resultados. Servaz intentó de todas formas interesarse por lo que ocurría en la pantalla, pero del aparato surgía de continuo un desagradable zumbido, como el de un gigantesco enjambre. Le habían explicado que era el ruido producido por los millares de trompetas de los espectadores sudafricanos presentes en el estadio. Él no entendía cómo podían producir y, sobre todo, soportar tamaño estrépito, cuando incluso allí, atenuado por los micros y los filtros de la técnica, el sonido resultaba particularmente exasperante.

De repente, las luces del bar vacilaron y un coro unánime de exclamaciones brotó cuando la imagen de la pantalla se contrajo y desapareció para volver a aparecer enseguida. Era la tormenta, que se arremolinaba sobre Toulouse como un revoloteo de cuervos. Servaz esbozó una sonrisa imaginando a todo el mundo sumido en la oscuridad y privado del partido.

Su pensamiento distraído derivó, sin precaverlo, hacia una zona familiar pero peligrosa. Hacía dieciocho meses que Julian Hirtmann no daba señales de vida... Dieciocho meses ya, pero no transcurría ni un día sin que el policía pensara en él. El suizo se había escapado del instituto Wargnier durante el invierno de 2008-2009, tan solo unos días después de que Servaz lo hubiera ido a visitar en su celda. En el

curso de aquella entrevista, había descubierto con estupefacción que el antiguo fiscal de Ginebra y él tenían una pasión en común: la música de Mahler. Y después, uno de ellos había vivido la evasión... y el otro la avalancha.

«Dieciocho meses», pensó. Quinientos cuarenta días con sus correspondientes noches en el curso de las cuales había sufrido un número incalculable de veces la misma pesadilla. La avalancha... Estaba sepultado en un ataúd de nieve y de hielo, y empezaba a faltarle el aire mientras el frío le entumecía cada vez más los miembros, cuando por fin una sonda lo tocaba y alguien se ponía a retirar con ímpetu la nieve encima de él. Entonces percibía una luz cegadora en la cara, una bocanada de aire fresco que aspiraba con fruición, con la boca abierta, y en la abertura aparecía enmarcada una cara. Era la de Hirtmann... El suizo estallaba en risas, decía «Adiós, Martin» y volvía a tapar el agujero...

Exceptuando algunas variantes, el sueño se acababa siempre más o menos de la misma forma.

En la realidad, había salido con vida del alud, pero en sus pesadillas, moría. Y en cierta manera, una parte de él había muerto allá arriba aquella noche.

¿Qué haría Hirtmann en ese preciso instante? ¿Dónde estaría? Servaz evocó con un escalofrío aquel paisaje nevado, majestuoso hasta lo inimaginable... Las vertiginosas cumbres que protegían un valle perdido... El edificio de recias murallas... El ruido de los cerrojos que resonaba en los pasillos desiertos... Y luego la última puerta detrás de la cual se elevaba una música familiar: Gustav Mahler, el compositor preferido de Servaz... y también de Julian Hirtmann.

—Ya era hora —dijo Pujol a su lado.

Servaz dedicó un somero vistazo a la pantalla. Un jugador abandonaba el campo y otro lo sustituía. Creyó comprender que se trataba del tal Anelka. Miró la esquina de arriba de la pantalla: minuto 71 y el marcador seguía 0-0. A ello se debía sin duda la tensión que reinaba en el bar. A su lado, un gordo individuo que debía de pesar unos ciento treinta kilos y que sudaba copiosamente bajo una barba pelirroja le dio un golpecito en el hombro como si fueran amigos íntimos, antes de exhalarle su aliento impregnado de alcohol a la cara.

—Si yo fuera el seleccionador, les daría una buena patada en el culo para que espabilen un poco esos mamones. Joder, si no son capaces de moverse ni siquiera para un Mundial.

Servaz se preguntó si su vecino debía de moverse mucho, como no fuera para llegar hasta allí o ir a buscar paquetes de cerveza a la tienda de la esquina.

También se preguntó por qué no le gustaba ver deporte por la tele. ¿Sería porque, a diferencia de él, su exmujer, Alexandra, no se perdía ni un partido de su equipo favorito? Habían formado durante siete años una pareja de la que Servaz siempre había pensado, desde el primer día, que no iba a durar mucho. A pesar de ello, se habían casado y habían aguantado siete años. Aún no sabía cómo habían podido tardar tanto tiempo en reconocer lo evidente: que pegaban tanto como un talibán y una libertina. ¿Qué quedaba para entonces de su unión, aparte de una hija de dieciocho años? De su hija estaba orgulloso, con todo. Sí, estaba orgulloso. Aunque no se hubiera acostumbrado todavía a su aspecto, a sus *piercings* y a sus cortes de pelo, Margot seguía sus pasos, no los de su madre. Como a él, le agradaba leer, y, como él, se había matriculado en los *prépa* —cursos preuniversitarios— literarios más prestigiosos de la región, en Marsac. Allí acudían los mejores estudiantes en un radio de más cien kilómetros a la redonda, desde Montpellier y Burdeos incluso.

22 Pensándolo bien, debía reconocer que a los cuarenta y un años tenía tan solo dos centros de interés en su existencia: su profesión y su hija. Y los libros, aunque los libros eran algo distinto. Más que un centro, eran el pilar de su vida.

¿Sería suficiente? ¿A qué se reducía la vida de los demás? Observando el fondo del vaso de cerveza, donde solo quedaban los restos de espuma, resolvió que ya había bebido bastante por esa noche. Aquejado por unas urgentes ganas de orinar, se abrió paso hasta la puerta del baño. La suciedad alcanzaba un grado repugnante allí dentro. Servaz oyó el ruido que produjo contra la porcelana del urinario el chorro proveniente de un individuo calvo situado de espaldas a él.

—Vaya equipo de negados —dijo este cuando el policía se desabrochó a su lado—. Es una vergüenza ver esto.

Se cerró la bragueta y se fue sin tomarse la molestia de lavarse las manos. Servaz se frotó bien con jabón las suyas, se secó con el aire caliente y luego, en el momento de salir, se cubrió la mano con la manga antes de asir la manecilla que había tocado el hombre.

Le bastó una breve ojeada para averiguar que no había habido cambios durante su ausencia, pese a que el partido tocaba a su fin. La masa de espectadores era un volcán de frustración. Pronosticando que si la cosa seguía así iban a producirse disturbios, Servaz regresó a su puesto.

—¡Venga! —vociferaban sus vecinos—. ¡Pasa la pelota de una vez, coño!

—¡A la derecha! ¡A la dereeecha!

Lo estaba interpretando como un indicio de que algo ocurría cuando sintió una vibración en el bolsillo. Sacó el móvil. No era un *smartphone*, sino un viejo Nokia. La pantalla iluminada indicaba que algo ocurría también en el aparato. La llamada había sido transferida al buzón de voz.

Servaz marcó el número y se quedó petrificado.

Aquella voz... Tardó medio segundo en reconocerla, medio segundo que duró una eternidad. Era como si el espacio-tiempo se hubiera contraído, como si los veinte años que lo separaban de la última vez que la había oído pudieran franquearse en lo que tarda en latir dos veces el corazón. Incluso después de tanto tiempo, sintió un vacío en el estómago al oírla.

Tuvo la impresión de que la sala comenzaba a girar a su alrededor. La algarabía, los gritos de aliento, el zumbido de las *vuvuzelas* retrocedieron y se perdieron en la niebla. El presente se contrajo hasta volverse minúsculo.

—¿Martin? —decía la voz—. Soy yo, Marianne... Llámame, por favor. Es muy importante. Te lo suplico, llámame en cuanto oigas el mensaje.

Una voz surgida del pasado... en la que se traslucía el miedo.

Samira Cheung tiró la chaqueta de cuero encima de la cama y observó al gordo que fumaba, arrellanado en las almohadas.

—Tendrás que largarte. Me tengo que ir a trabajar.

El hombre que había sentado en su cama tenía treinta años más que ella, un manifiesto exceso de peso en el abdomen y pelos blancos en el pecho, pero a Samira no le importaba. Era bueno follando y eso era lo que contaba en su opinión. Ella misma tampoco era una beldad. Desde el instituto, sabía que la mayoría de los hombres la consideraban fea... o más bien que encontraban fea su cara y singularmente atractivo su cuerpo. Con el extraño sentimiento ambivalente que les inspiraba, la balanza se decantaba a veces de un lado y a veces de otro. Samira Cheung lo compensaba acostándose con la mayor cantidad de hombres posible. Había comprobado desde hacía tiempo que los más guapos no son necesariamente los mejores amantes, y lo que ella buscaba eran amantes de buen rendimiento, no un príncipe encantador.

La espaciosa cama crujió cuando su barrigudo amante sacó las piernas de debajo de las sábanas y se inclinó para coger la ropa que tenía plegada en una silla, cerca de un espejo de cuerpo entero en el que se reflejaba una parte de la buhardilla. Las telarañas, el polvo, una araña barroca con solo la mitad de las bombillas en funciona-



miento, alfombras de junco, una cómoda y un armario españoles comprados de segunda mano ocupaban el resto del espacio. Samira se puso unas bragas y una camiseta antes de desaparecer por la trampilla del suelo.

—¿Licor o café? —preguntó desde el piso de abajo.

En la cocinilla pintada de rojo que por su exigüidad recordaba el pañol de un barco, encendió la cafetera. Exceptuando la bombilla desnuda que brillaba encima de ella, la gran casa estaba completamente a oscuras. Samira había adquirido aquella ruina situada a veinte kilómetros de Toulouse el año anterior. La restauraba poco a poco (seleccionaba a sus amantes ocasionales entre los representantes de diferentes oficios, como electricistas, fontaneros, albañiles, pintores, techadores...) y por el momento solo ocupaba una quinta parte de la superficie habitable. Todas las habitaciones de la planta baja estaban sin muebles, tapadas con cubiertas de plástico, con andamios en las paredes, botes de pintura y herramientas, y lo mismo ocurría con la primera planta, de modo que mientras tanto había instalado su dormitorio en el desván.

24 En la pared roja había pintado con estarcido en grandes letras plateadas: PROHIBIDO EL PASO A TODA PERSONA AJENA A LA OBRA. En la camiseta, a través de cuya tela despuntaban sus menudos pechos, lucía el lema: I LOVE ME. El hombre bajó pesadamente los peldaños de la escalera, empinada igual que la de un barco. Ella le tendió café humeante y dio un mordisco a una manzana empezada que comenzaba ya a oxidarse. Luego desapareció en el cuarto de baño. Al cabo de cinco minutos, se desplazó al «vestidor». Toda su ropa estaba colgada de manera provisional en unos largos bastidores metálicos, protegida con fundas transparentes; la ropa interior y las camisetas estaban guardadas en muebles de cajones de plástico y las decenas de pares de botas componían una línea a lo largo de la pared.

Se puso un vaquero agujereado en las rodillas, unos botines de tacón plano, otra camisa y un cinturón de cuero con tachuelas. A ello añadió la funda con su arma de servicio y una parca de estilo militar para la lluvia.

—¿Aún estás ahí? —dijo al volver a la cocina.

El gordo cincuentón se limpió la mermelada adherida a los labios. Después la atrajo hacia sí y la besó posando las regordetas manos en sus nalgas, a través del vaquero. Ella se dejó manosear un momento, antes de soltarse.

—¿Cuándo te vas a ocupar de mi ducha?

—Este fin de semana no. Mi mujer vuelve de casa de su hermana.

—Encuentra un día entre semana.

—Tengo la agenda completa —arguyó él.

—Si no me haces de fontanero, no hay cama —anunció ella.

El hombre arrugó el entrecejo.

—Quizás el miércoles por la tarde. No es seguro.

—Las llaves estarán en el sitio de siempre.

Samira iba a añadir algo cuando en algún sitio empezó a sonar una mezcla de *riffs* de guitarra eléctrica y de alaridos de película de terror. Eran los primeros compases de una pieza de Agoraphobic Nosebleed, un grupo americano de *grindcore*. Para cuando hubo localizado el móvil, los alaridos y los decibelios habían cesado. Miró el número del remitente: Vincent. Iba a llamarlo cuando el teléfono se puso a vibrar.

«Llámame», decía el SMS.

Obedeció sin demora a la demanda.

—¿Qué ocurre?

—¿Dónde estás? —preguntó él sin responder.

—En mi casa. Iba a salir. Esta noche estoy de guardia. —En una noche como aquella, todos los hombres de la brigada que habían podido darse de baja lo habían hecho—. Y tú, ¿no estás viendo el partido?

25

—Ha habido una llamada...

Una urgencia. Seguro que era el sustituto de guardia de la fiscalía. Mala suerte para los aficionados al fútbol. En los juzgados también debían de estar pendientes de la tele. A ella misma le había costado encontrar un amante para esa noche. Estaba claro; en una ocasión así, el fútbol tenía prioridad sobre el sexo.

—¿Han llamado de la fiscalía? —preguntó—. ¿De qué se trata?

—No, no es la fiscalía.

—¿Ah, no?

—Ya te lo explicaré —repuso Espérandieu, con una tensión inhabitual en la voz—. No vale la pena que vayas a la central. Coge el coche y reúnete con nosotros. ¿Tienes papel para apuntar?

Sin prestar atención a su invitado, que daba muestras de impaciencia a su lado, abrió un cajón de la cocina y sacó un bolígrafo y un Post-it.

—Espera... Sí, ya está.

—Te doy la dirección adonde tienes que ir.

—Vale.

Enarcó una ceja mientras anotaba, pese a que él no la podía ver.

—¿Marsac? Eso está en el campo... ¿Quién os ha llamado, Vincent?

—Ya te lo explicaremos. Vamos de camino. Acude en cuanto puedas.

Un relámpago iluminó el cielo detrás de la ventana.

—¿Con quién estás?

—Con Martin.

—De acuerdo. Ahora mismo voy.

Apagó el móvil con la sensación de que allí había algo extraño.

## Marsac

La lluvia repiqueteaba sin parar contra el techo del coche, bailaba delante de los faros, inundaba el parabrisas y la carretera, obligaba a los animales a buscar refugio en sus guaridas y aislaba unos de otros a los escasos vehículos que entonces circulaban. Había llegado por el oeste, como el ejército que se abate sobre un nuevo territorio. Después de las violentas ráfagas de viento y los relámpagos que le sirvieron de heraldos, había comenzado a ensañarse con los bosques y las carreteras. Aquello no era una mera lluvia, sino un diluvio. A duras penas alcanzaban a distinguir la carretera y las franjas de árboles que la flanqueaban. De vez en cuando, los rayos hendían el cielo, pero el resto del tiempo solamente veían la bola de luz salpicada de chispas y cercada de tinieblas que desplazaban consigo. Era como si un cataclismo hubiera anegado las tierras habitadas y ellos se movieran en el fondo del océano. Servaz mantenía la vista fija en la carretera. La pulsación del limpiaparabrisas repetía como un eco la de su corazón, que se contraía y dilataba a un ritmo demasiado rápido en su pecho. Hacía poco que habían dejado la autopista y ahora circulaban entre las colinas sumergidas en la negra noche del campo, lo cual equivalía, para un individuo de ciudad relativamente joven como Espérandieu, a hundirse en una fosa abisal a bordo de un artefacto submarino. Y menos mal que su jefe no había elegido la música. Vincent había puesto un CD de Queens of the Stone Age y, por una vez, Martin no había protestado.

Estaba muy ensimismado.

Espérandieu despegó una fracción de segundo la vista de la carretera y vio cómo se reflejaban la luz de los faros y el vaivén del limpiaparabrisas en las negras pupilas de su jefe. Este escrutaba el asfalto como miraba antes la pantalla del televisor: sin verlo. Su ayudante volvió a pensar en la llamada de teléfono. Desde que la había recibido, Martin estaba transformado. Vincent había creído com-

prender que había ocurrido algo en Marsac y que la persona que lo llamaba era una vieja amiga suya. Servaz no había especificado nada más. A Pujol lo había animado a seguir viendo el partido y a él le había pedido que lo acompañara.

Una vez en el coche, le había dicho que llamara a Samira. Espérandieu no entendía nada de lo que pasaba.

La lluvia amainó un poco en el momento en que el Scénic pasó bajo el túnel de plátanos situado en la entrada de la ciudad. Luego, traqueteando sobre los adoquines, se adentraron por las callejuelas del centro.

—A la izquierda —indicó Servaz cuando llegaron a una plaza con una iglesia.

Espérandieu reparó maquinalmente en el gran número de pubs, bares y restaurantes. Marsac era una ciudad universitaria. Tenía 18.503 habitantes y los estudiantes doblaban esa dicha cifra. Contaba con una facultad de letras, otra de ciencias, otra de derecho, economía y gestión y unos cursos de *prépa* muy prestigiosos. Los periódicos, siempre ávidos de imágenes espectaculares, la apodaban «la Cambridge del Suroeste». Examinada desde un punto de vista estrictamente policial, aquella afluencia de estudiantes debía de representar un problema recurrente de conducciones en estado de ebriedad o bajo la influencia de estupefacientes, de tráfico de cannabis y de anfetaminas y algún que otro desperfecto de carácter más o menos reivindicativo. Nada que entrara, en cualquier caso, dentro de las competencias de la brigada de homicidios.

—Parece como si se hubiera ido la luz.

Las calles estaban sin iluminación y hasta las ventanas de los pubs y los bares estaban oscuras. Detrás de los cristales se atisbaban algunas luces, de linternas sin duda. «Será la tormenta», pensó Vincent.

—Rodea la plaza y coge la segunda calle a la derecha.

Se alejaron de la plaza por una estrecha callejuela pavimentada que subía entre altas fachadas. Al cabo de unos veinte metros, distinguieron el haz de los faros giratorios a través de la cortina de agua. Los gendarmes... Alguien los había llamado.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó Espérandieu—. ¿Tú sabías que la gendarmería estaba al corriente?

Aparcaron detrás de un Renault Trafic y un Citroën C4, pintados con el color del cuerpo de policía rural. La lluvia rebotaba con tal fuerza en las carrocerías que los techos de los vehículos aparecían erizados. En vista de que su jefe no respondía, Vincent se volvió hacia él. Martin parecía más tenso que de costumbre. Después de dedicar una miradaopleja y reticente a su ayudante, bajó del coche.

En menos de cinco segundos, el cabello y la camisa se le quedaron empapados. Varios gendarmes permanecían estoicamente bajo el diluvio, protegidos con chubasqueros. Un gendarme se encaminó hacia ellos y Servaz sacó su placa. El hombre enarcó las cejas para expresar su asombro al ver que la brigada de homicidios se presentaba en el lugar antes incluso de que la fiscalía se hubiera hecho cargo del caso.

—¿Quién dirige las operaciones? —preguntó Servaz.

—El capitán Bécker.

—¿Está adentro?

—Sí, pero no sé si...

Servaz rodeó al gendarme sin dejarlo acabar.

—¡Martin!

Volvió la cabeza hacia la izquierda. Un poco más lejos, en el callejón, había aparcado un Peugeot 307. Detrás de la puerta abierta, del lado del conductor, se encontraba una persona a la que no había pensado volver a ver nunca hasta esa noche.

El agua que caía a cántaros, los faros y las luces giratorias que los cegaban, las caras encapuchadas con los chubasqueros, todo quedaba borroso. Aun así, habría reconocido su silueta entre mil. Llevaba un impermeable con el cuello subido y, en un abrir y cerrar de ojos, sus cabellos rubios y rizados, separados por una raya bien definida, quedaron, junto con el mechón que le caía del lado izquierdo de la cara, empapados. Era, efectivamente, ella. Se mantenía erguida, con una mano en la puerta del coche, con la barbilla alta, tal como la recordaba. Aunque en su cara habían causado estragos el miedo y el dolor, no había renunciado a su orgullo.

Eso era lo que le había gustado en otro tiempo a él, ese orgullo que al final se erigió como una muralla entre ambos.

—Hola, Marianne —dijo.

Ella soltó la puerta y tras rodearla, se precipitó hacia él. Al cabo de unos segundos se había pegado a su pecho. Servaz notó la minionda sísmica de los sollozos que la sacudían. Juntó los brazos en torno a ella, sin estrecharla, con un gesto más protocolario que íntimo. ¿Cuántos años habían transcurrido? ¿Diecinueve? ¿Veinte? Ella lo había expulsado de su vida, se había ido con otro y había encontrado la manera de endosarle la culpa a él. La había querido, mucho, sí, quizá más que a ninguna otra mujer, pero aquello había sucedido en otro siglo, hacía tanto tiempo...

Ella se apartó un poco y lo miró, acariciándole de paso la mejilla con el pelo mojado. Una vez más, sintió un pequeño seísmo, de mag-

nitud cuatro en la escala de Servaz, al ver tan de cerca aquellos ojos suyos, dos lagos verdes y relucientes en los que leyó una gran cantidad de emociones contradictorias. Por una parte estaban el dolor, la pena, la duda, el miedo, pero también el agradecimiento y la esperanza. Aquella esperanza, tímida y minúscula, era la que depositaba en él. Desvió la mirada para calmar los latidos de su corazón. Después de diecinueve años estaba casi igual, exceptuando las finas arrugas de los ojos y las comisuras de la boca.

Recordó lo que le había dicho por teléfono: «Ha ocurrido algo terrible...». Al principio había creído que hablaba de ella, de algo que había hecho, hasta que comprendió que se trataba de su hijo: «Hugo... Ha encontrado a una mujer muerta en su casa... Todo lo acusa, Martin... Van a decir que ha sido él...». Hablaba con la voz tan entrecortada por los sollozos y la garganta tan oprimida que no había entendido la mitad de lo que le contaba.

«—¿Qué ha pasado?

—Me acaba de llamar... Lo han drogado... Se ha despertado en la casa de esa mujer y estaba... muerta...»

Lo que le contaba era absurdo. No tenía ni pies ni cabeza. Se preguntó si no habría bebido o tomado algo.

30

«—Marianne, no entiendo nada. ¿De quién hablas? ¿Quién es esa mujer?

—Una profesora. De Marsac. Una de sus profesoras.»

Marsac. El mismo sitio donde estudiaba Margot. Incluso por teléfono, le costó disimular su turbación. Después se dijo que entre la universidad y el instituto, en Marsac debía de haber un centenar de profesores. ¿Cuántas posibilidades había de que aquella mujer hubiera tenido precisamente a Margot de alumna?

«—Lo van a acusar, Martin... Él es inocente. Hugo es incapaz de hacer algo así... Tienes que ayudarnos, te lo ruego...»

—Gracias por haber venido —le dijo entonces—. No sé...

—Ahora no. —La contuvo con un gesto—. Vuelve a tu casa. Me pondré en contacto contigo.

Ella le clavó una mirada de desesperación y, sin aguardar una respuesta, Servaz dio media vuelta y se encaminó a la casa.

—¿Capitán Bécker?

—Sí.

Exhibió su insignia por segunda vez, aunque en el interior de la casa era difícil distinguir algo.

—Comandante Servaz, de la policía judicial de Toulouse. Este es el teniente Espérandieu.

—¿Quién les ha avisado? —inquirió sin prolegómenos Bécker.

Era un hombre achaparrado, de cincuenta y pocos años, que debía de dormir mal, a juzgar por las bolsas que tenía bajo los ojos. También parecía muy afectado por lo que había visto, y de un humor de perros. «Otro a quien han interrumpido el partido de fútbol.»

—Un testigo —repuso sin precisar—. ¿Y a usted, quién lo ha avisado?

Bécker resopló, como si le repugnara compartir aquella clase de información con desconocidos.

—Un vecino, Oliver Winshaw. Un inglés... Vive allí, al otro lado de la calle. —Señalaba un punto a través de la pared.

—¿Qué ha visto?

—La ventana de su despacho da al jardín. Ha visto a un joven sentado al borde de la piscina y un montón de muñecas flotando en el agua. Le ha parecido raro y nos ha llamado.

—¿Muñecas?

—Sí. Ya verá a qué me refiero.

Se encontraban en el salón de la casa, sumida en la oscuridad como todas las de Marsac. La puerta de la calle estaba abierta y la única iluminación de la sala provenía de los faros de los vehículos aparcados afuera, que proyectaban sus haces sobre las paredes. En la penumbra, Servaz vislumbró una cocina americana, una mesa redonda encima de cuyo vidrio danzaba una guirnalda de flores, cuatro sillas de hierro forjado, una vitrina y, detrás de un pilar, una escalera que subía al piso de arriba. El aire húmedo circulaba por las vidrieras abiertas que daban al jardín. Oyendo el crepitar de la lluvia y el roce del follaje azotado por el viento, Servaz se dijo que alguien debía de haberlas bloqueado para evitar que dieran portazos.

Un gendarme pasó cerca de ellos y sus siluetas quedaron un instante recortadas por el haz de su linterna.

—Estamos instalando un grupo electrógeno —anunció Bécker.

—¿Y el chico? —preguntó Servaz.

—Está en el furgón, bien vigilado. Lo vamos a llevar a la gendarmería.

—¿Y la víctima?

El gendarme señaló el techo con el dedo.

—Allá arriba, en el último piso, en el cuarto de baño.

Por su voz, Servaz adivinó que aún se hallaba conmocionado.

—¿Vivía sola?

—Sí.

Por lo que había visto desde la calle, la casa era grande, de cuatro pisos, si se contaban el desván y la planta baja, aunque cada nivel no medía más de cincuenta metros cuadrados.



—Una profesora, ¿verdad?

—Claire Diemar, de treinta y dos años. Era profesora de no sé qué en Marsac.

Servaz cruzó una mirada con el capitán en la penumbra.

—El chaval era uno de sus alumnos.

—¿Cómo?

Un trueno había amortiguado las palabras del gendarme.

—Decía que el chico asistía a una de sus clases.

—Sí, estoy al corriente.

Servaz observaba a Bécker en la oscuridad, absorto como él en sus pensamientos.

—Supongo que usted está más acostumbrado que yo —dijo por fin el gendarme—. De todas maneras, le aviso que no es nada agradable... Nunca había visto nada tan... asqueroso.

—Disculpen —intervino alguien desde la escalera.

Ambos se volvieron hacia el punto de donde venía la voz.

—¿Puedo saber quién es usted?

Alguien bajaba los escalones. Un individuo alto surgió despacio de la sombra para acercarse a ellos y entrar en su campo de visión.

—Comandante Servaz, de la brigada de homicidios de Toulouse.

32

El hombre le tendió una mano enguantada. Debía de medir poco menos de dos metros. Servaz atisbó en lo alto de ese cuerpo un largo cuello, una curiosa cabeza cuadrada de orejas despegadas y pelo cortado al rape. El gigante le aplastó la mano todavía húmeda entre el flexible cuero de sus guantes.

—Roland Castaing, fiscal del tribunal de Auch. Acabo de hablar con Catherine por teléfono. Me ha dicho que iba a venir. ¿Puedo saber quién lo ha avisado?

Se refería a Cathy d'Humières, la magistrada que estaba al frente de la fiscalía de Toulouse y con la cual Servaz había trabajado varias veces, en especial en la investigación más notable de su carrera, la que lo había conducido al Instituto Wargnier dieciocho meses atrás.

—Marianne Bokhanowsky, la madre del joven —respondió Servaz tras un leve titubeo.

El fiscal guardó silencio un instante.

—¿La conoce?

El tono de su voz expresaba una leve sorpresa y también recelo. Tenía una voz grave y profunda que pronunciaba las consonantes con un áspero roce, como una carreta que rodara por un pedregal.

—Sí, un poco, aunque hacía años que no la veía.

—En ese caso, ¿por qué ha recurrido a usted? —quiso saber el gigante.

Servaz vaciló de nuevo antes de responder.

—Seguramente porque mi nombre salió en la portada de los pe-  
riódicos.

El hombre calló un instante. Servaz sintió que lo examinaba desde su imponente altura. Adivinando que sus dos ojos lo enfocaban en medio de la oscuridad, se estremeció. Aquel individuo le recordaba a una estatua de la isla de Pascua.

—Ah sí, claro... Por los asesinatos de Saint-Martin-de-Comminges. Claro... Era usted... Qué historia más increíble, ¿no? Un caso así debe de dejar huella, ¿verdad, comandante? —En el tono del fiscal había algo que le resultó soberanamente molesto a Servaz—. De todas maneras no me explico todavía qué hace aquí...

—Ya se lo he dicho. La madre de Hugo me ha pedido que viniera a echar un vistazo.

—Que yo sepa, nadie le ha confiado aún la investigación —replí-  
có, tajante, el magistrado.

—Así es.

—Esto queda en la circunscripción de Auch y no de Toulouse.

Servaz estuvo a punto de replicar que en Auch no disponían ni de una modesta brigada de investigación y que, en el curso de los últimos años, no les habían atribuido ni una sola investigación criminal, pero se contuvo.

—Ha realizado un largo trayecto para venir hasta aquí, comandante —señaló Castaing—, y supongo que, como todos nosotros, ha tenido que renunciar a ver el partido. Vaya pues a echar un vistazo arriba, pero le advierto que no es nada agradable... De todas formas, usted ya ha visto cosas parecidas, a diferencia de nosotros.

Servaz se limitó a asentir con la cabeza, con la repentina certeza de que no debía permitir bajo ningún concepto que aquella investigación se le escapara de las manos.

Las muñecas contemplaban el cielo nocturno. Servaz pensó que un cadáver flotando en la piscina habría tenido más o menos la misma mirada. Las figuras se balanceaban y sus pálidos vestidos ondulaban todos al mismo ritmo, entrechocándose levemente a veces. Él y Espérandieu se encontraban de pie al borde de la piscina. Su ayudante había desplegado un paraguas del tamaño de un parasol sobre ambos. La lluvia rebotaba encima, al igual que sobre las losas y la punta de sus zapatos, para después precipitarse contra la viña virgen de la pared de atrás bajo el embate del viento.

—¡Hostia! —dijo simplemente su ayudante.

Aquella era su palabra preferida cuando había que resumir una situación que le resultaba incomprensible.

—Ella las coleccionaba —dedujo—. No creo que el que la ha matado las haya traído consigo. Ha debido de encontrarlas en la casa.

Servaz asintió mientras las contaba. Diecinueve... Otro relámpago iluminó los mojados rostros de juguete. Lo más chocante eran esas miradas estáticas. Consciente de que arriba los aguardaba una mirada parecida, se preparó de antemano.

—Vamos.

Una vez en el interior, se pusieron en silencio guantes, gorros para el pelo y fundas para los zapatos. Estaban asimismo envueltos en el velo de la noche, pues el grupo electrógeno no funcionaba todavía, a causa, al parecer, de un problema técnico. En ese momento, ni Vincent ni él tenían ganas de hablar. Servaz sacó la linterna de bolsillo y la encendió, y Espérandieu tomó igual precaución. Después comenzaron a subir las escaleras.

## Iluminaciones

**E**l resplandor de los relámpagos filtrado por los tragaluces iluminaba los escalones que crujían bajo sus pasos. Con la luz de las linternas que esculpía desde abajo sus caras, Espérandieu veía los ojos de su jefe, relucientes como dos guijarros negros, mientras este buscaba, cabizbajo, las huellas de pasos en la escalera. Subía procurando poner los pies lo más cerca posible de los zócalos, separando las piernas como hacen los jugadores de rugby del equipo neozelandés All Black durante el ritual del *haka*.

—Esperemos que el señor fiscal haya hecho lo mismo —dijo.

35

Alguien había dejado en el último rellano un farol que proyectaba un indeciso cerco de luz que abarcaba la puerta.

La casa seguía gimiendo bajo los embates de la tempestad. Servaz se detuvo ante el umbral y consultó el reloj: las once y diez. Un relámpago de una intensidad particular iluminó la ventana del cuarto de baño y se imprimió en sus retinas en el momento en que entraban, seguido de un estrepitoso trueno. Dieron un paso al frente, barriendo la buhardilla con la luz de las linternas. Debían darse prisa. Los técnicos no tardarían en llegar al escenario del crimen, pero por el momento, estaban solos. Debajo del tejado, la habitación estaba sumida en la oscuridad, exceptuando la pirotecnia que estallaba detrás de la ventana... y la bañera, que formaba hacia el fondo un rectángulo de pálida claridad azul contrastada con la negrura.

Era como una especie de piscina, iluminada desde el interior...

Sintiendo la violencia del pulso en la garganta, Servaz paseó meticulosamente el foco de la linterna por el suelo. Después no tuvo más remedio que acercarse a la bañera sin despejarse de la pared. No era fácil, con la profusión de frascos, velas y muebles bajos, además de la pila, el toallero y el espejo. La bañera estaba enmarcada por una cortina doble, separada. Servaz distinguía ahora el espejeo del agua contra el esmalte, y una sombra.

En el fondo había algo... algo o más bien alguien.

La bañera era antigua, de hierro colado con patas. Medía poco menos de dos metros y era profunda, tanto que Servaz debía franquear el último metro que le separaba de ella para ver el fondo.

Dio un paso de más. Luego reprimió un impulso para retroceder.

Allí estaba, mirándolo con sus grandes ojos azules abiertos, como si lo esperase. También abría la boca, de tal manera que parecía a punto de decir algo. Era, sin embargo, imposible, porque aquella mirada era la de una muerta.

Bécker y Castaing tenían razón. El propio Servaz había visto raras veces un espectáculo tan difícil de soportar, comparable tan solo quizás al del caballo decapitado en la montaña. A diferencia de ellos, empero, él sabía controlar sus emociones. A Claire Diemar la habían atado con una cuerda larguísima que se enrollaba multitud de veces en torno al torso, las piernas, los tobillos, el cuello y los brazos; pasaba bajo las axilas, entre los muslos y le aplastaba el pecho, formando una considerable cantidad de vueltas, curvas y toscos nudos que mordían con su rasposa superficie la piel. Espérandieu avanzó para mirar por encima del hombro de su jefe. Inmediatamente le vino una palabra a la cabeza: *bondage*. Los nudos y las ataduras eran tan abundantes en ciertas zonas, tan complejos y tupidos, que Servaz se dijo que el forense iba a necesitar horas para cortarlos y después examinarlos en el laboratorio. Jamás había visto semejante madeja. Embutirla de esa manera había debido de llevar sin duda menos tiempo, porque el que lo había hecho había actuado con brutalidad antes de acostarla en la bañera y abrir el grifo.

36

Lo había cerrado mal, porque todavía goteaba.

En la silenciosa habitación sonaba un ruido agudo cada vez que una gota chocaba contra la superficie del agua.

Tal vez la había golpeado antes. Servaz lamentó no poder hundir una mano en la bañera, sacar la cabeza del agua y levantar el cráneo para palpar el occipital y el parietal —dos de los ocho huesos planos que componen la caja craneal— a través de la larga cabellera morena. No podía porque aquello era competencia del forense.

El brillo de su linterna rebotaba en el agua. Entonces la apagó y solo quedó la luz proveniente del agua, que parecía constelada de lentejuelas.

Servaz cerró los ojos y contó hasta tres antes de volverlos a abrir. La luz no provenía de la bañera, sino de la boca de la víctima. Le habían hundido en la garganta una pequeña linterna, que no debía de tener más de dos centímetros de diámetro. La punta que emergía de la orofaringe y la úvula alumbraba el paladar, la lengua, las encías y los

dientes de la muerta, al tiempo que su haz se difractaba en el agua circundante.

Era como una lámpara de pantalla humana...

Servaz se preguntó, perplejo, cuál era el significado de aquel último gesto. ¿Una especie de firma? Su inutilidad en el modo operativo en sí y su indiscutible valor simbólico daban que pensar. Habría que encontrar el símbolo. Reflexionó en lo que veía y en las muñecas de la piscina, tratando de determinar la importancia de cada elemento.

El agua...

El agua era el elemento principal. Percibiendo materia orgánica en el fondo de la bañera, olfateó el aire. Al identificar un leve olor a orina, concluyó que efectivamente había muerto en aquella fría agua.

El agua allí y el agua afuera... Llovía... ¿Habría esperado el asesino a esa noche de tormenta para pasar a la acción?

Se acordó de que no había visto ninguna huella especial en la escalera al salir. Si el cuerpo hubiera sido atado en otra habitación y luego arrastrado hasta allí, había grandes posibilidades de que hubiera dejado arañazos en los zócalos y rasguñado o ajado la moqueta. Pediría a los técnicos que examinaran bien las escaleras y tomaran muestras, pero ya conocía de antemano la respuesta.

Volvió a mirar a la chica y lo asaltó el vértigo. Aquella mujer tenía un futuro. ¿Quién merecía morir tan joven? La mirada sumergida en el agua le contaba una parte: había tenido miedo, mucho miedo antes de morir. Había comprendido que se había acabado, que todo su crédito se había agotado antes incluso de saber qué era envejecer. ¿En qué habría pensado? ¿En el pasado o en el futuro? ¿En las ocasiones desperdiciadas, en las segundas oportunidades que ya no iba a tener, en los proyectos que nunca se iban a hacer realidad, en los amantes o en el gran amor? ¿O bien en la supervivencia tan solo? Se había debatido con la ferocidad de un animal caído en una trampa, pero para entonces se hallaba ya encerrada en su estrecha prisión de cuerda y había sentido cómo el nivel del agua subía, de manera lenta e inexorable, a su alrededor, contra su piel. Aunque el pánico aullaba como un huracán en su cerebro impeliéndola a gritar, la pequeña linterna se lo había impedido con mayor eficacia que una mordaza. Solo había podido respirar por la nariz, con la garganta dolorida, inflada en torno a aquel objeto extraño, y el cerebro apenas irrigado de oxígeno. Seguramente había exhalado un hipido en el momento en que el agua le había entrado por la boca. Luego el pánico se había transformado en puro terror cuando el agua había pene-

trado por la nariz, recubierto la cara, sumergido la córnea de aquellos ojos abiertos como platos...

De repente volvió la luz y ambos tuvieron un sobresalto.

—¡Mierda! —exclamó Espérandieu.

—Explíqueme por qué debería confiarle el caso a usted, comandante.

Servaz levantó la cabeza para mirar a Castaing. El fiscal sacó un cigarrillo y se lo encajó entre los labios. Al encenderlo, la brasa chisporroteó bajo las gotas. El hombre tenía el aspecto de un tótem, plantado bajo la lluvia entre la luz de los faros, mirando de arriba abajo a Servaz desde lo alto de su estatura.

—¿Por qué? Porque todo el mundo prevé que lo haga. Porque es la opción más razonable. Porque si no lo hace y esta investigación fracasa de manera estrepitosa, le van a preguntar después por qué no lo hizo.

Bajo los prominentes arcos de las cejas, los ojillos chispearon sin que Servaz alcanzara a determinar si era por un sentimiento de cólera, de hilaridad o de ambas cosas a la vez. Era asombroso lo mucho que costaba descrifrar la gestualidad de aquel hombre.

—Cathy d'Humières siempre se deshace en alabanzas hacia usted. —El tono expresaba sin ambigüedad una buena carga de escepticismo—. Dice que su grupo de investigación es el mejor con el que ha trabajado nunca. No es un cumplido cualquiera, ¿verdad?

Servaz optó por guardar silencio.

—Quiero que me tenga al corriente de todos sus movimientos y de los avances de las pesquisas. ¿Queda claro?

Servaz se limitó a asentir con la cabeza.

—Transfiero el caso a la policía judicial regional y ahora mismo llamo a su director. Regla número uno: nada de tapujos ni de desviaciones con el reglamento. O sea, que no se va a tomar ninguna iniciativa sin mi consentimiento previo.

Desde sus cuencas, los ojos de Castaing buscaron un gesto de acatamiento. Servaz asintió con la cabeza.

—Regla número dos: todo lo relacionado con la prensa lo gestionaré yo. Usted no hablará con los periodistas. Me encargaré yo.

Vaya, él también quería disfrutar de su cuarto de hora de gloria. Andy Warhol había sembrado la discordia con su frase y ahora todo el mundo quería ser protagonista con focos antes de irse de este mundo: los árbitros que se excedían un poco en los campos de deporte, los sindicalistas que tomaban como rehenes a los patronos para defender

sus puestos de trabajo, pero también para salir por la tele, y los fiscales de ciudades de provincia en cuanto se encendía una cámara.

—Seguramente habría preferido trabajar con Cathy d’Humières, pero va a tener que adaptarse a mi presencia. Lo nombro para lo que dure la detención en incomunicación. Mandaré abrir un expediente judicial no bien se efectúe la presentación del sospechoso. Si no estoy satisfecho con su trabajo, si la fase de detención no avanza lo bastante deprisa o si considero que no rinde como debería, haré que el juez lo destituya en favor de la sección de investigación de la gendarmería. Mientras tanto, tiene carta blanca.

Giró sobre sí y se alejó hacia el Skoda que tenía aparcado un poco más lejos.

—Estupendo —ironizó Vincent—. El nuestro es un oficio realmente agradable.

—Al menos sabemos a qué atenernos —intervino Samira a su lado—. ¿Qué clase de juzgados tienen en Auch?

Había llegado cuando bajaban del piso de arriba, atrayendo como no podía ser de otro modo la atención de los gendarmes con su parka militar que llevaba impresa en la espalda la leyenda Zombies vs Vampiros.

—Un tribunal de segunda instancia, de alcance departamental...

—Mmm.

Adivinaba adónde quería ir a parar: probablemente aquel era el primer caso de cierta envergadura con que se enfrentaba el señor fiscal. Para compensar su falta de experiencia, afirmaba su autoridad. La justicia y la policía avanzaban a veces de común acuerdo, pero otras era como si cada una tirase de uno de los extremos opuestos de una cuerda.

Volvieron a la casa. Los técnicos de identificación judicial habían llegado; habían tendido cintas de balizamiento, encendido varios proyectores, desenrollado metros y metros de cables eléctricos y colocado señales en plástico amarillo para identificar posibles indicios. Para entonces barrían las paredes con sus lámparas especiales a fin de localizar posibles restos de sangre, de esperma o sabía Dios qué más. Iban y venían entre la planta baja, la escalera y el jardín embutidos en sus monos blancos, sin hablarse, concentrados cada cual en la labor concreta que les correspondía.

Servaz pasó del comedor al jardín. Aunque se había calmado un poco la lluvia, aún sintió el golpeteo de las gotas en la cabeza. En sus oídos todavía resonaba la voz de Marianne en el teléfono. Según ella, Hugo la había llamado para explicarle que acababa de despertarse en la casa de su profesora, con la voz alterada por el pánico. No tenía la



menor idea de por qué estaba allí ni de cómo había llegado. Le había contado entre sollozos que primero había revisado el jardín porque las vidrieras estaban abiertas y había descubierto con estupefacción la colección de muñecas que flotaban en la piscina. Después se había sentido en la obligación de revisar la casa, cuarto por cuarto. Creyó que se desmayaría al descubrir el cuerpo de Claire Diemar arriba de todo, en la bañera. Marianne había explicado a Servaz que, durante cinco minutos o más, su hijo había sido incapaz de decir algo coherente, ahogado por el llanto. Después se había serenado y había seguido relatando lo ocurrido. Había cogido a Claire en el agua, la había sacudido para despertarla, había intentado deshacer los nudos, pero estaban demasiado prietos, y de todas maneras, no cabía duda de que estaba muerta. Había salido aturdido de la casa y se había ido bajo la lluvia hasta la piscina. Ignoraba cuánto rato había permanecido allí, alelado, sentado al borde del agua, antes de llamar a su madre. Le había contado que se sentía raro, medio grogui. Esa era la expresión que había empleado, como si lo hubieran drogado... Después, todavía no se había despejado cuando los gendarmes habían llegado y lo habían esposado.

40

Servaz se acercó a la piscina. Un técnico estaba recogiendo las muñecas con ayuda de un salabre. Después de cogerlas, las iba metiendo una a una en unas grandes bolsas precintables que le tendía un compañero. La escena tenía algo de irreal. Las blancas caras de las muñecas resplandecían bajo la violenta luz de los proyectores que habían enchufado también allí, al igual que sus miradas, azules y estáticas. La diferencia radicaba, pensó con un escalofrío Servaz, en que al contrario de la mirada de Claire Diemar, que tenía todo el aspecto de la muerte, las de las muñecas parecían extrañamente vivas. Más concretamente, presentaban la apariencia de una viva hostilidad... «Bobadas», se dijo Servaz, arrepentido de albergar tales pensamientos.

Rodeó despacio la piscina, con cuidado para no resbalar en las baldosas mojadas. Tenía el presentimiento de que había algo en el comportamiento o la actitud de la víctima que había atraído al predador, de la misma manera que, en la naturaleza, el animal se forma una imagen de su presa y no caza al azar.

Aquella puesta en escena dejaba a las claras que tampoco en ese caso la elección de la víctima se debía al azar.

Se paró delante de la pared que separaba el jardín de la calle y levantó la vista. Desde allí se veía el piso de arriba de la casa de enfrente. Una ventana daba directamente a la piscina. Había sido sin duda desde allí por donde el vecino inglés había reparado en Hugo y en las muñecas. Si Hugo hubiera estado sentado al otro lado de la piscina,

al abrigo de la pared, nadie lo habría visto, pero se había sentado del lado donde se encontraba entonces Servaz. Quizá no había pensado en eso, quizás estaba demasiado azorado, demasiado desorientado después de lo que acababa de ocurrirle para preocuparse por otra cosa. Servaz frunció el entrecejo, con el cuello encogido bajo el martilleo de la lluvia que se colaba por su nuca. Había algo muy extraño en todo aquello.

Título original: *Le Cercle*

© XO Éditions, 2012  
All rights reserved.

Primera edición en este formato: mayo de 2013

© de la traducción: Dolors Gallart  
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.  
Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.  
08003 Barcelona  
info@rocaeditorial.com  
www.rocaeditorial.com

Impreso por Rodesa

ISBN: 978-84-9918-612-2  
Depósito legal: B. 9.365-2013  
Código IBIC: FF; FH

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.